

LOS ASESINATOS DEL TENIENTE CASTILLO Y DE CALVO SOTELO

POCO antes de las diez de la noche del domingo 12 de julio de 1936, el teniente de Asalto don José Castillo abandona su domicilio en la calle madrileña de Augusto Figueroa, para dirigirse al cuartel de Pontejos, donde ha de entrar de servicio dentro de unos minutos. Está en plena luna de miel porque lleva casado poco más de un mes y su joven esposa se asoma al balcón para despedirle. Castillo alza al momento la cabeza para mirar sonriente a su mujer y sigue andando en dirección a la calle cercana de Fuencarral. No llegará vivo a ella. Cuatro individuos, que esperan impacientes en las inmediaciones, entran en acción al verle salir del portal. Uno de ellos indica a los otros:

—¡Ese! ¡Ese es...!

El estrépito de los disparos de las pistolas que empuñan se confunde con las palabras. Alcanzando de lleno por dos balazos, el teniente de Asalto se derrumba pesadamente, muerto antes de poder esbozar el menor gesto defensivo. Sus agresores emprenden la huida y no tardan en desaparecer, amparados, más que por las sombras de la noche, por el estupor y desconcierto de los testigos presenciales del crimen.

Cuando Castillo es recogido del suelo y llevado a una clínica cercana, los médicos no pueden hacer otra cosa que certificar su defunción. Poco más tarde el cadáver es trasladado a la Dirección General de Seguridad, donde se instala la capilla ardiente para que el muerto sea velado por familiares, amigos y compañeros de Cuerpo.

El asesinato del teniente es uno más entre los numerosos atentados políticos perpetrados en Madrid entre los meses de febrero y julio de 1936. Castillo es un militar izquierdista, perteneciente a la Unión Militar Republicana Antifascista (UMRA), exactamente igual que el capitán Faraudo, asesinado también en una calle madrileña el 8 de mayo anterior, asimismo ante los ojos espantados de su mujer. Hay quien sostiene, además, que el teniente, de ideas socialistas, actúa como instructor de las milicias de la JSU. Incluso no faltan posteriormente quienes escriben que su muerte es un simple ajuste de cuentas, porque en el curso de los sangrientas luchas callejeras producidas en el mes de abril durante el entierro del alférez de la Guardia Civil don Anastasio de los Reyes,

disparó contra un joven, que unos dicen falangista —Sáenz de Heredia— y otros tradicionalista —José Llaguno— que ambos fallecen en la trágica jornada en unión de otros cuatro, igualmente heridos de bala.

Aunque la Policía no logra detener a los autores del atentado, existe desde el primer momento la impresión de que se trata de un grupo de choque, de una especie de comando falangista. La impresión primera se confirma posteriormente.

las páginas 28, 29 y 30 de su obra "Los siete días de Salamanca", finalista en 1976, del Premio Larra Memorias de la Guerra de España, puede leerse el siguiente e impresionante relato:

"A la centuria de Luis Hernández, yerno de Mariano García, 'Don Mariano', se le encomendó la eliminación física del teniente de Asalto señor Castillo, quien incuestionablemente, con los mismos argumentos socio-políticos que no-

tercera centuria habían sido siempre los de la Falange: la falta de armas. Una gestión personal de Hernández con don Juan March, resolvió a medias la dificultad. Armas, las que quisiéramos, pero en Mont-Marsan (Francia); monsieur Dupont me surtió de ellas sin tasa ni desconfianza. Había que transportarlas y se pasaron sobre la frontera. Al fin, la tercera centuria fue la mejor armada por sus propios medios.

De aquí que, como una vez más tuvimos suerte y todo nos salía bien, Luis no dudó en aceptarme para la ejecución del atentado (en realidad no me ofrecí voluntario para eliminar a Castillo, sino para eliminar al capitán Condés, que después dirigió el asesinato de Calvo Sotelo. Y le doy la tipificación de asesinato, porque Calvo Sotelo no era un combatiente armado o, como se dice ahora, un guerrillero. A Calvo se le asesinó por su combatividad dialéctica —siempre rica en nobleza— frente a Casares Quiroga en el Parlamento, y yo me sentí orgulloso de ser uno de los que iban a entrar en el juego de vengar la sangre de mis camaradas.

Todo estaba listo para realizarlo en la mañana del día 9, a la salida

Eduardo de Guzmán

En un trabajo del historiador inglés Hugh Thomas, publicado fuera de España, se afirma que uno de los agresores del teniente, que sigue viviendo en Madrid, recibió por éste hecho la Palma de Plata de la Falange. La persona aludida —Ángel Alcázar de Velasco— rechaza enérgico la imputación en un libro recientemente publicado en Madrid, asegurando que la Palma de Plata le fue concedida en 1934, por su actuación en los sucesos de Asturias. Respecto a la muerte del teniente Castillo no lamenta el atentado, sino no haber podido participar personalmente en él. En

soteros, basados en la defensa de su causa, aunque de distinta naturaleza, había eliminado a varios e importantes camaradas falangistas —a dos personalmente—, uno de ellos perteneciente a la tercera centuria, la 'mía'. Por lo que yo me ofrecí voluntariamente para intervenir en aquel atentado, el del teniente José Castillo, y, de poder ser, eliminarle, ya que en mi intención e igualmente en la de los demás camaradas, comprometidos o no, no existía la consideración criminal del hecho, sino la del natural 'ajusticiamiento'.

Los problemas acuciantes de la



La afirmación de que el asesinato de Calvo Sotelo fue la causa determinante de la rebelión es algo que no se mantiene en pie de ninguna manera. En la foto, el cadáver del político monárquico.



Mitín de Fermín Galán en la Puerta del Sol de Madrid.

de la casa de la calle de Augusto Figueroa, cerca de la Casa del Pueblo, lo que solía acontecer entre las siete y las siete y cuarto. Pero cuando ese día, a la hora fijada, estábamos reunidos en una taberna de la plaza de San Gregorio, llegó Ignacio Aldasoro de parte de Hernández, diciendo no sólo que José Antonio había dado contraorden a la ejecución, sino que debíamos abandonar Madrid en aquel mismo momento. (El Servicio de Informa-

ción había advertido al mando que nos seguía la Policía por indiscreción de la novia de Corujedo.) La contrariedad fue igual para los cuatro. Obedeciendo, como en la Falange era estilo, cada quien por propia iniciativa tomó su rumbo. Yo me fui directamente a Valladolid".

Relata a continuación que, no considerándose seguro en Valladolid sigue viaje a Bilbao, en cuya estación es detenido para ser internado en la cárcel de Larrinaga y afir-

ma que "estando ya en prisión, por la prensa me llegó la noticia de la muerte de 'Pepe', como declamos al teniente Castillo". "Está claro —añade— que el día que mataron a Castillo yo estaba en la cárcel de Bilbao, y vuelvo a remachar que nada me contrarió tanto como aquella suspensión y aquel no poder ser yo uno de sus ejecutores como él lo había sido de mis camaradas y de mí mismo lo hubiera sido, si no ando listo".

Asegura Angel Alcázar de Velasco, que a los autores materiales del atentado no volvió a verles desde el día 5 de julio —"y en aquella fecha no sabía yo eran los sobresalientes de espada"— y que murieron en Madrid en los primeros días del siguiente mes de agosto.

Terrorismo de doble signo

El asesinato del teniente Castillo produce profunda impresión en todas partes, pero muy especialmente en sus compañeros de ideas y armas. Varios oficiales de Asalto de Madrid, y de manera esencial los afiliados a la UMRA, se sienten directa y personalmente amenazados. Algunos tienen la clara impresión de pender sobre sus cabezas una sentencia de muerte no dictada por ningún tribunal de justicia, pero de inminente cumplimiento. Las tristes suertes de Castillo y Farauto y lo que en el relato más arriba transcrito se dice del capitán Condés, prueba que sus temores no carecían de fundamento.

Madrid, España entera, vive estos meses estremecida por un terrorismo de doble signo. Si la extrema izquierda recurre a la violencia, resulta significativo subrayar que las clases adineradas y conservadoras —que en todas partes se distinguen por su condenación rotunda e implacable de las actividades terroristas— sean precisamente quienes las organizan y pagan cuando lo consideran necesario para la defensa de sus intereses. Con ciertas variantes, lo sucedido en Barcelona al final de la primera guerra mundial, se repite en Madrid en vísperas de nuestra dolorosa contienda civil.



El asesinato del teniente Castillo, perteneciente a la Unión Militar Republicana Antifascista, produce profunda impresión en todas partes, pero muy especialmente en sus compañeros de ideas y armas.

Si ya en 1934, muere en Madrid Juanita Rico y en San Sebastián corre la misma suerte el ex director general de Seguridad don Manuel Andrés, en 1935, los atentados de los grupos derechistas adquieren su máxima intensidad a raíz del triunfo del Frente Popular en las elecciones del mes de febrero de 1936. El 12 de marzo, concretamente, un grupo de falangistas dispara en la calle de Goya varias ráfagas de pistola contra el catedrático socialista y vicepresidente de las Cortes don Luis Jiménez de Asúa. El catedrático resulta ileso, pero muere un policía apellidado Gisbert que le acompaña. Dos días más tarde unos falangistas disparan contra el domicilio de Largo Caballero. Posteriormente se produce otro atentado, también fallido, contra Eduardo Ortega y Gasset.

El día 13 de abril es asesinado en Madrid el juez don Manuel Pedregal, al parecer por haber dictado sentencia de treinta años de reclusión contra determinado individuo participante en un crimen anterior. El 14 colocan un petardo junto a la tribuna que ocupa el presidente interino de la República en la Castellana durante el desfile conmemorativo del quinto aniversario de la proclamación del régimen. Como consecuencia se produce un tiroteo en el que muere el alférez de la Guardia Civil don Anastasio de los Reyes, cuyo entierro transcurre cuarenta y ocho horas después entre nutridos tiroteos callejeros que ocasionan seis muertos y como protesta contra los cuales el día 18 se declara la huelga general en Madrid.

El 8 de mayo, cuando pasea por la calle de Alcántara acompañado de su mujer, es acorralado a balazos desde un coche en marcha el capitán de ingenieros don Carlos Faraudo, afiliado a la UMRA y, según algunos historiadores, instructor de las milicias socialistas. Posteriormente los atentados de los grupos derechistas continúan en Madrid. Pública o privadamente siempre se alega que se cometen como represalias de otros de matiz diametralmente opuesto. Así ocurre en repetidas ocasiones durante la prolongada huelga madrileña de la construcción.

Esta larga serie de crímenes que culminan en la noche del 12 de julio de 1936, con el asesinato del teniente José Castillo, explican la indignación y el nerviosismo de los amigos y compañeros del muerto en las horas que siguen al atentado. En cierto modo explican también —nunca justifican, porque el crimen, cualesquiera que sea el matiz político con que pretenda encubrirse, no tiene justificación posible— su conducta posterior.

El asesinato de Calvo Sotelo

Pocos crímenes en el curso de la historia española han hecho correr tantos torrentes de tinta y sangre como el asesinato del diputado monárquico y antiguo ministro de Hacienda de la Dictadura, don José Calvo Sotelo, perpetrado en la madrugada del 13 de julio de 1936. Aunque los hechos tal como sucedieron revisten sobrada gravedad, no faltan quienes los desfiguraron y exageraron en el transcurso de los años siguientes, atribuyéndoles un origen que no tuvieron y unas consecuencias que no fueron de una manera exclusiva producto suyo.

Contado millares de veces en los cuarenta años transcurridos



En la noche del 18 al 19 se formaría un Ministerio presidido por Martínez Barrio en un intento desesperado de llegar a un acuerdo pacífico con Mola.

desde entonces, lo sucedido en la madrugada del 13 de julio, puede resumirse diciendo que entre los amigos y compañeros del teniente asesinado —varios de los cuales temen correr la misma suerte— surge la idea de actuar rápida y eficazmente por cuenta propia, saltando por encima de leyes y reglamentos. Unos propugnan la y llanamente la ejecución de determinadas personalidades derechistas a las que consideran complicadas en la conspiración en marcha e instigadoras morales de los atentados. Otros, más moderados, abogan por la simple detención de las mismas personalidades para mantenerlas como rehenes que garanticen las propias vidas de quienes les retengan presos. Sin que se imponga de una manera clara uno u otro de dichos planes, varios oficiales —entre los que figuran el capitán de la

Guardia Civil Fernando Condés y el teniente de Asalto, Máximo Moreno— abandonan el cuartel de Pontejos para ponerlos en práctica.

En una camioneta abierta parten con rumbo al domicilio de Calvo Sotelo nueve guardias de Asalto de la sección mandada por el teniente Castillo, tres paisanos —Cuenca, Garcés y Ordóñez— socialistas, amigos personales del muerto, y el capitán Condés, que manda la expedición aunque no viste de uniforme. Al mismo tiempo sale —con rumbo al parecer a la casa de Gil-Robles, que se encuentra en Biarritz— un automóvil en el que acompañan al teniente Moreno, otros dos oficiales y un par de guardias de Asalto.

Un grupo en el que van Condés, algunos guardias de uniforme y el paisano Cuenca se presenta de madrugada en el domicilio de Calvo Sotelo, anunciando que van a detenerle. El interesado alega su inmunidad parlamentaria y trata de hablar por teléfono, cosa que le impiden quienes proceden a su detención. Tras una discusión bastante viva, el diputado monárquico depone su resistencia ante el carnet de oficial de la Guardia Civil que le muestra Condés. Bajan a la calle y el detenido ocupa un sitio en el tercer banco de la camioneta, mientras Condés se sienta delante junto al conductor. El sereno y los guardias de orden público que prestan servicio de vigilancia ante el domicilio de Calvo Sotelo, oyen dar al capitán una orden clara y concreta:

—¡A la Dirección General de Seguridad!

La camioneta marcha por la calle de Velázquez en medio del silencio de todos sus ocupantes. De repente, al llegar a la altura de Aya-la, suenan dos disparos, hechos por Victoriano Cuenca, que va sentado inmediatamente detrás del ex ministro monárquico, apoyando el cañón de la pistola que empuña en la nuca de Calvo Sotelo, que muere en el acto. Alguien ordena entonces al conductor:

—¡Al cementerio!

Minutos después, los guardias entregan a los vigilantes del cementerio el cadáver de un hombre, muerto según ellos en una reyerta, cuyo nombre no dan. Pasarán unas horas hasta que, ya entrada la mañana del lunes, alguien lo identifica en el depósito como don José Calvo Sotelo, que hasta este momento figura oficialmente como desaparecido.

Dos entierros dramáticos

De acuerdo con la frase famosa de Talleyrand, el asesinato de Calvo Sotelo hubiera sido, de haberlo organizado el propio Gobierno, peor que un crimen una irremediable equivocación. No lo fue, y pese a no serlo tuvo unas consecuencias tan dolorosas y sangrientas como cualquiera podía imaginarse dada la situación que atravesaba España en el mes de julio de 1936. Aunque la reacción indisciplinada e ilegal de unas fuerzas armadas que, dejándose llevar por la ofuscación

del momento u obedeciendo a un plan fríamente trazado, eliminan físicamente a sus adversarios políticos, tiene numerosos antecedentes en diferentes países —recuérdense, como ejemplo, los asesinatos de Rosa Luxemburgo y Carl Leibnec en Alemania— se presenta aquí como una monstruosidad única en la Historia, cargando todas las culpas no sólo a los autores materiales del crimen, sino sobre unos gobernantes que, evidentemente, nada tuvieron que ver en el hecho.

No basta que el Gobierno se reúna urgentemente el mismo 13 de julio, al tener las primeras noticias de lo sucedido, lo condene con la máxima energía y nombre como juez especial a un magistrado del Tribunal Supremo; ni siquiera que en espacio de pocos días y pese a la agitación del momento que se vive —cuando es inminente una gran sublevación— se ponga al descubierto la verdad de los ocurridos y se proceda a la detención de varios de los implicados, para que entonces, durante toda la duración de nuestra guerra e incluso por espacio de varios lustros después se siga hablando y escribiendo pública y oficialmente de la culpabilidad personal y directa no sólo del jefe del Gobierno, sino del ministro de la Gobernación y hasta de la totalidad del régimen. Durante cerca de cuarenta años se han repetido las mismas imputaciones contra Casares Quiroga y Moles sin aportar ninguna prueba documental y fehaciente.

Don José María Gil-Robles, a quien nadie podrá juzgar sospechoso de simpatizar con quien presidía el Gobierno el día 13 de julio de 1936, escribe a éste respecto en la página 763 de su obra "No fue posible la paz": "¿Hasta dónde llegaron las responsabilidades por la muerte de Calvo Sotelo?" Frente a lo que se ha escrito, nunca dije que el Gobierno estuviera comprometido en el crimen. Así lo afirmé de manera taxativa en la sesión de la Diputación Permanente del 15 de julio: "Lejos de mi ánimo el recoger acusaciones en bloque, y mucho menos lanzar sobre un Gobierno, sin pruebas, una acusación de esa naturaleza. No encontrarán sus señorías en mí la acusación calumniosa de pretender que el Gobierno está directamente mazclado en un hecho criminal de esta naturaleza". Creía entonces, y creo ahora, que no existió complicidad del Gobierno y mucho menos del ministro de la Gobernación, señor Moles. De haber sido así, es lógico pensar que el crimen no se habría realizado por agentes de la autoridad vestidos de uniforme y utilizando una camioneta de las fuerzas de Asalto. No creo que le hubiera sido difícil al Gobierno encontrar algún medio más sencillo y, sobre todo, menos comprometido".

Si no puede sostenerse a estas alturas que Casares Quiroga —que incurrió en esas semanas en graves errores y no menores responsabilidades políticas— tenga la mas mínima intervención en el crimen que cuesta la vida a Calvo Sotelo, cabe



El general Franco a su llegada a Canarias, donde le destinó el Gobierno del Frente Popular.

incluso la duda de si el capitán Condés planeó deliberadamente la eliminación del diputado monárquico o sólo pretendía convertirlo en rehén contra posibles atentados posteriores. Por lo menos así lo sostiene Indalecio Prieto, que escribe en "Cartas a un escultor", hablando del caso: "Fernando Condés, lo digo en honor suyo, pretendió efectuar una detención, desde luego arbitraria, porque Calvo Sotelo le amparaba su inmunidad de diputado, pero nunca pensó que el detenido iba a ser asesinado. Lo oí de sus propios labios, mostrándome propósitos de suicidarse como castigo al deshonor en que había caído, y yo fui quien le disuadió de ese propósito, diciéndole que la sublevación era inminente y que en vez de quitarse la vida debía jugarla en el campo de batalla". (Sea como fuere, el hecho cierto es que Fernando Condés muere en los frentes de combate en los primeros días de la guerra.)

Tensa, angustiada, agitada, la jornada del 13 de julio transcurre en Madrid con una relativa calma, sin que se produzcan atentados ni choques armados. El día 14 se celebran a distintas horas, pero a escasa distancia entre sí los entierros multitudinarios de Castillo y de Calvo Sotelo. El primero se efectúa a las diez de la mañana en el cementerio civil. Numerosos guardias de Asalto y varios millares de republicanos, socialistas y comunistas asisten emocionados al sepelio del teniente muerto treinta y seis horas antes en la calle de Augusto Figueroa. A las cinco de la tarde, en la Almudena, reciben sepultura los

restos del líder del Bloque Nacional. Asisten también millares de personas, que desfilan brazo en alto ante el féretro. Antonio Goicochea, el mismo que en 31 de marzo de 1934 visita en Roma a Mussolini, para pedirle ayuda en la lucha contra la República española, pronuncia un violentísimo discurso en el que entre otras cosas dice:

"Ante esa bandera, colocada como una cruz sobre tu pecho; ante Dios que nos oye y nos ve, empañamos solemne juramento de consagrar nuestra vida a esta triple labor: imitar tu ejemplo, vengar tu muerte y salvar a España, que todo es uno y lo mismo, porque salvar a España será vengar tu muerte e imitar tu ejemplo será el camino más seguro para salvar a España".

Es una auténtica declaración de guerra, especialmente cuando se sabe que el Alzamiento comenzará antes de finalizar la semana en curso. Comentando la situación, Indalecio Prieto publica este mismo día en "El Liberal" de Bilbao un artículo que tiene mucho de profético para desgracia de todos. En él se afirma textualmente: "Si la reacción sueña con un golpe de Estado incurso como el de 1923, se equivoca de medio a medio. Si supone que encontrará al régimen indefenso, se engaña. Para vencer habrá de saltar por encima del valladar que le opondrán las masas proletarias. Será —lo tengo dicho muchas veces— una batalla a muerte, porque cada uno de los dos bandos sabe que el adversario, si triunfa, no le dará cuartel".

¿Conoce Prieto al escribir este artículo una de las primeras ins-

trucciones reservadas de Mola al hacerse cargo de los trabajos conspirativos? Es probable, porque ya en esta nota a los principales comprometidos en la conjura, se les dice por parte del "Director": "Se tendrá en cuenta que la acción ha de ser en extremo violenta, para reducir lo antes posible a un enemigo fuerte y bien organizado. Desde luego, serán encarcelados todos los directivos de los partidos políticos, sociedades o sindicatos desafectos al movimiento, aplicándose castigos ejemplares a dichos individuos para estrangular los movimientos de rebeldía o huelgas".

La fecha del Alzamiento

En multitud de ocasiones y por diferente autores se ha llegado a sostener que el asesinato de Calvo Sotelo fue la causa determinante de la rebelión y que ésta posiblemente no hubiera estallado de no producirse el crimen. Son afirmaciones que no pueden mantenerse en pie con un conocimiento por somero que sea de lo ocurrido en España entre febrero y julio de 1936. Sabido de todos es que la conspiración estaba en marcha desde muchos meses antes del 13 de julio e incluso con años de anterioridad al triunfo electoral del Frente Popular. Concretamente se sabe que los generales Varela y Orgaz, quieren lanzarse a la acción en el mes de abril de 1936; que Mola fija después otras posibles fechas del Alzamiento, que tiene que ir aplazando en virtud de dificultades y complicaciones totalmente ajenas a sus deseos y proyectos. Aunque los Gobiernos de Azaña y Casares Quiroga, no hagan nada eficaz por destruir los planes de los conspiradores, es seguro que conocen parte de sus maniobras, si bien no creen seriamente que haya nadie capaz de embarcarse de verdad en tan peligrosa aventura.

Pero por grande que sea su panglosiano optimismo o su inconcebible desdén por la capacidad de acción de sus adversarios, en la primera decena de julio parece imposible dudar de la inminencia de una rebelión; de mayor o menor amplitud, pero capaz en cualquier caso de alterar profundamente la vida nacional. Sobre todos los avisos precedentes el sábado 11 de julio se produce uno más expresivo como alarmante. Un grupo armado se apodera por sorpresa de la emisora Unión Radio de Valencia y por sus micrófonos habla un individuo que anuncia: "Aquí Unión, Radio de Valencia. En estos momentos, Falange Española ocupa militarmente el estudio de Unión Radio. ¡Arriba los corazones! Dentro de unos días estará en la calle la revolución nacional sindicalista. Aprovechamos este servicio para saludar a todos nuestros camaradas. ¡Arriba España!"

Veinticuatro horas más tarde el asesinato del teniente Castillo constituye otro aviso inquietante, como lo constituyen las actividades de Mola en Pamplona o de los afiliados de la UME en toda Espa-

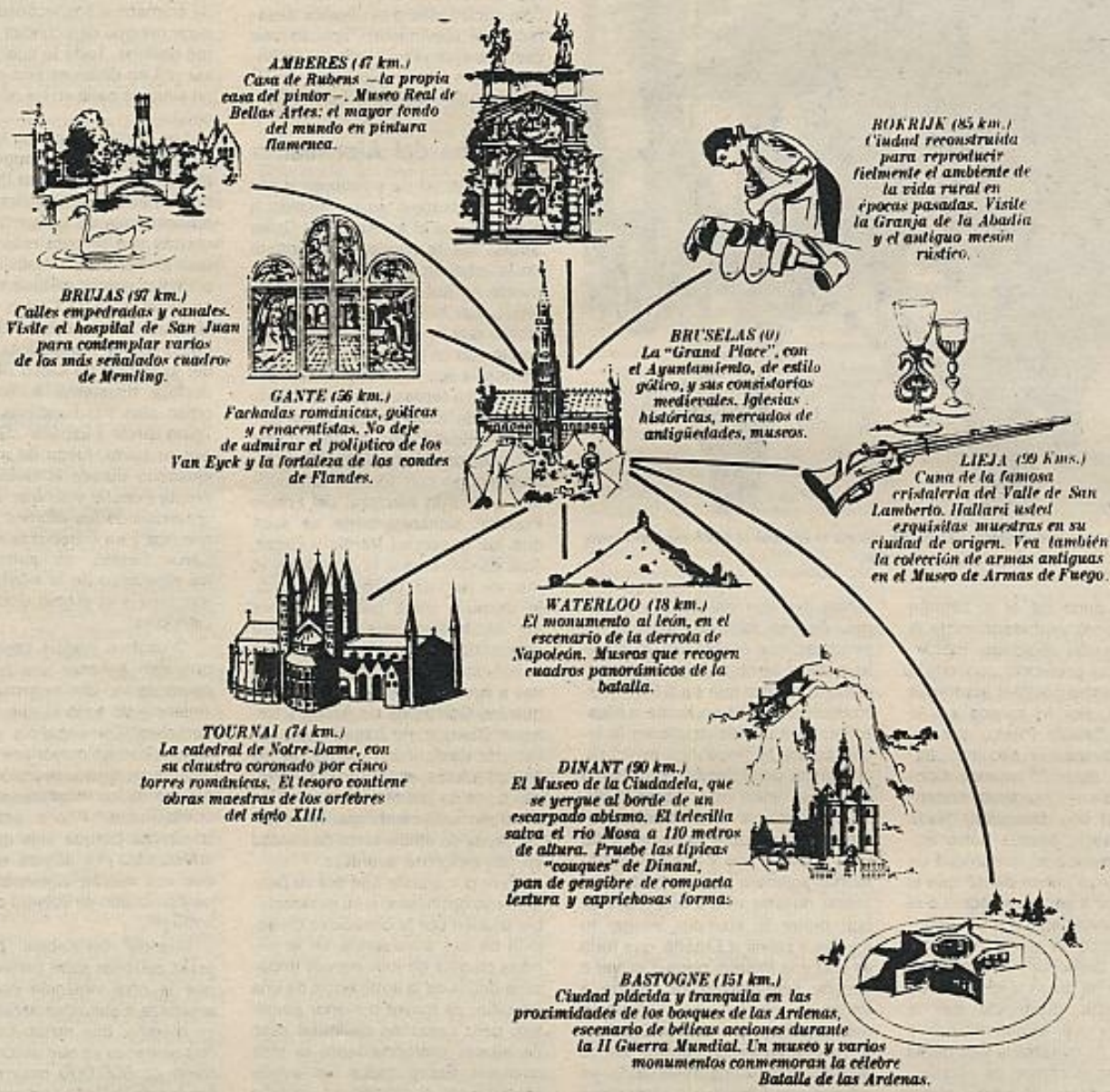
ña. Como reacción, el Gobierno se declara verbalmente dispuesto a terminar con la violencia venga de donde viniere; pero no tomar demasiado en consideración los ofrecimientos de apoyo que recibe y rechaza de plano en forma desabrida las peticiones de armas de socialistas, comunistas y sindicalistas. En fin de cuentas, se limita a suspender algunos periódicos, efectuar un puñado de detenciones de elementos sospechosos y a clausurar centros derechistas y sindicatos obreros. Todo lo cual, si puede ser útil en distintas circunstancias, no sirve de nada en las que vive España.

Los discursos que en la mañana del miércoles 15 pronuncian en la reunión de la Comisión Permanente del Parlamento los diputados representantes de los partidos derechistas son todavía más alarmantes. El conde de Vellellano, tras anunciar que la minoría monárquica se retira de las Cortes, afirma su absoluta incompatibilidad con "los amparadores y cómplices morales" del asesinato de Calvo Sotelo y se declara dispuesto a secundar a quien alce sus banderas de lucha "para salvar a España". Gil-Robles, por su parte, luego de atacar con inusitada dureza al Gobierno y al Frente Popular y señalar la extrema gravedad de los últimos acontecimientos y en especial la muerte de Calvo Sotelo, se enfrenta con los diputados de la mayoría parlamentaria y el propio Gobierno, diciéndoles:

"Vosotros podéis continuar: sé que vais a hacer una política de persecución, de exterminio y de violencia de todo lo que signifique derechas. Os engañáis profundamente: cuanto mayor sea la violencia, mayor será la reacción. Por cada uno de los muertos surgirá otro combatiente. Ahora estáis muy tranquilos porque veis que cae el adversario. ¡Ya llegará un día en que esa misma violencia que habéis desatado se volverá contra vosotros!"

Cuando Gil-Robles pronuncia estas palabras sabe perfectamente que la otra violencia con la que amenaza a sus adversarios está ya en marcha, que no en balde hace dos semanas ya que autorizó la entrega de 500.000 pesetas de los fondos de la Ceda para sufragar los gastos de la conspiración en marcha. Cabe incluso la posibilidad de que tanto él como el conde de Vellellano estén enterados también de las causas del aplazamiento del inicio de la rebelión señalada a primeros de mes para el 10 de julio, demorado más tarde para el 14, fecha en que ha de sufrir de nuevo un ligero retraso. En cualquier caso, lo sepan o no, mientras ambos abandonan precipitadamente Madrid apenas concluida la sesión de la Diputación Permanente y marchan hacia Burgos uno y hacia Biarritz el otro, ya se ha acordado la fecha definitiva del Alzamiento. Será el viernes, 17 de julio. "El 17, a las 17,00", conforme reza la consigna apresuradamente enviada a todos los comprometidos.

En su próximo viaje de negocios a Bélgica no olvide llevarse la cámara.



Ir a Bélgica en viaje de negocios no tiene por qué significar ir a encerrarse en una sala de conferencias. Prolongue algo su viaje la próxima vez. Tómese un par de días más, dígame a su familia que le acompañe, llévese la cámara fotográfica y dispónganse todos a trabar contacto con uno de los más inolvidables países de Europa.

El reflejo de los sauces llorones y de las fachadas medievales en los canales de Brujas; la luminosa fuerza expresiva del políptico de los Van Eyck, en Gante, suprema obra maestra de la Escuela Flamenca del siglo XV...

Pequeña y compacta, Bélgica está llena de fascinantes lugares que ver, de singulares cosas que hacer. Siempre hay algo especial a poca distancia: algo donde poder detenerse, incluso aunque se vaya ajustado de tiempo; el mercado Bablon de Antigüedades, en Bruselas, por ejemplo. O la catedral de las cinco torres de Tournai, la mayor estructura gótica de Europa...

Bélgica es historia, arte, hospitalidad. Conozca esa hospitalidad de la mano de Sabena. Comprobará que brindamos un servicio rápido, amistoso, eficiente. Y otra cosa: tendremos mucho gusto también en ayudarle a planear su viaje: alquiler de coches, reserva de hoteles, información sobre los lugares a visitar... Una ventaja más: nuestro sistema de reserva electrónica de plazas - por ordenador - que hace posible reservar un billete de manera rápida, cómoda, automática en cualquier parte del mundo. Para más detalles, consulte a su agencia de viajes o a cualquiera de las oficinas de Sabena.

SABENA 

líneas aéreas internacionales de Bélgica

VISPERAS DE GUERRA

El acuerdo con los tradicionalistas

En la semana de San Fermín, cuando el general Mola cree tener ultimado todos los preparativos para la sublevación que ha de iniciarse el viernes 10 de julio, todo está a punto de fracasar por las exigencias intrasigentes de los tradicionalistas. O mejor dicho, por la actitud del príncipe don Javier de Borbón-Parma, nombrado regente de la dinastía carlista por su tío don Alfonso Carlos—hermano del caudillo de la última guerra civil, el llamado por sus partidarios Carlos VII—, eficazmente secundado por su delegado nacional, el abogado sevillano don Manuel Fal Conde. Ninguno de los dos admite el programa moderado y anunciado por Mola en su instrucción reservada de 5 de junio. Exigen no sólo que la bandera republicana sea sustituida desde el primer momento por la bicolor, sino que los carlistas controlen políticamente el movimiento, designando a dos de los miembros del Directorio y aceptándose por todos los comprometidos los puntos doctrinarios fundamentales del tradicionalismo.

Mola necesita a los carlistas que cuentan, especialmente en Navarra, con millares de hombres decididos y resueltos, parte de los cuales aparecen encuadrados en las formaciones para militares del requeté. Pero no puede ceder a sus pretensiones y está al borde de romper con ellos tras las entrevistas celebradas personalmente con Fal Conde. Llega a un acuerdo, sin embargo, con el conde de Rodezno y los representantes de la Junta Regional Carlista de Navarra. Disgustado escribe a Sanjurjo para que intervenga conciliador. Sanjurjo, que por su parte ha recibido la visita de Lizarza, escribe una serie de notas abogando porque las diferencias sean superadas. Mientras se superan o no, el domingo 12 de julio, Fal Conde da una orden prohibiendo a los carlistas participar en el movimiento que debe comenzar dentro de unos días.

Pero los acontecimientos se precipitan, existen discrepancias en el seno del carlismo y la carta que Sanjurjo escribe desde Estoril el día 9 hace ver la imperiosa necesidad de un acuerdo. El miércoles 15, en una reunión celebrada en San Juan de Luz, don Francisco Javier de Borbón-Parma y don Manuel Fal Conde dan su pleno asentimiento a la participación del tradicionalismo en el movimiento a punto de estallar. Mola recibe con agrado la noticia y decide que el Alzamiento se inicie dos días después, el viernes 17 de julio de 1936. La orden es transmitida con la necesaria rapidez a todos los puntos claves de la sublevación.

El Gobierno Casares toma a

muy última hora algunas medidas para combatir la subversión en marcha. Ordena que el general Varela, confinado en Cádiz, sea recluido en un castillo y la detención en Burgos del general González de Lara, que es trasladado a la prisión de Guadalajara. Al mismo tiempo dispone que el destructor "Churruga" y el cañonero "Dato" vigilen las aguas del Estrecho, mientras el grueso de la escuadra, que se halla en El Ferrol, inicia su traslado a Cádiz y Cartagena. Pero no adopta las medidas enérgicas que la gravedad del momento requieren y los proyectos de los conspiradores pueden llevarse a la práctica.

En la tarde del día 17, de conformidad con lo previsto, se inicia el Alzamiento en Melilla. En la tarde y la noche del mismo día triunfa sin graves dificultades en todo el Marruecos español. El 18 la rebelión se extiende a Canarias donde el general Franco—tras embarcar a su mujer y a su hija en un barco alemán que zarpa de Las Palmas con

bando tanto como la mina la del otro, el gobierno Giral—constituido a toda prisa el domingo 19, cuando todo puede darse por perdido—consigue retener en sus manos la mayor parte del territorio nacional. Automáticamente, el Alzamiento se transforma en guerra civil. Una guerra que durará treinta y dos meses y costará cientos de millares de víctimas.

La guerra que pudo evitarse

Durante cuarenta años se ha estado repitiendo por tiros y troyanos con entusiasmo digno de mejor causa, y todavía se continúa afirmando hoy, que la guerra de España era total y absolutamente inevitable. Que dada la situación de nuestro país en el verano del 1936, su división en dos bandos irreconciliables con un encrespamiento general de pasiones era fatal que dirimieran sus diferencias en una



El "Dragon Rapide" utilizado por Franco para trasladarse de Canarias a Tetuán.

rumbo a Lisboa y El Havre—sube a primera hora de la tarde al "Dragon Rapide" que le llevará a Tetuán a la mañana siguiente. Más tarde en la misma jornada, comienza la lucha en Sevilla, Cádiz, Málaga y Córdoba y el "Churruga" conduce a este lado del Estrecho el primer tabor de Regulares. Al atardecer y durante la noche se pronuncian en favor del movimiento buena parte de las guarniciones de Castilla la Vieja, Aragón y Navarra. El domingo 19, Baleares se suma al Alzamiento y se combate con dureza en toda Cataluña, el Norte y Asturias. El lunes 20 es aplastada la rebelión en Madrid, pero triunfa en Toledo, Guadalajara, Albacete y casi toda Galicia.

La suerte de los sublevados varía por completo de unos puntos a otros. Si triunfa con relativa facilidad en regiones enteras, fracasa en igual forma en otras. Aunque contra lo que luego se afirmará, el Gobierno Casares se niega en todo momento a repartir armas a las milicias, amenazando con fusilar en el acto a quien lo haga; pese a que en la noche del 18 al 19 se forma un ministerio presidido por Martínez Barrio en un desesperado intento de llegar a un acuerdo pacífico con Mola, lo que exalta la moral de un

guerra civil. Tanto se ha repetido esto, que a fuerza de oírlo repetir ha llegado a convertirse para una mayoría en verdad indiscutible. Incluso se da el caso curioso que sea prácticamente el único punto en que coinciden los partidarios de uno y otro de los bandos en pugna.

Y, sin embargo, la afirmación es falsa. Por mucho que nos digan ahora que no fue posible la paz quienes entonces contribuían con sus maniobras, discursos o dinero a encender la llama de la guerra, la guerra civil pudo y debió ser evitada. No ya porque un milagro hubiese convencido a unos y otros de que la mayor catástrofe que puede sufrir un pueblo es una querrela intestina o porque uno de los bandos se dejase convencer en un abrir y cerrar de ojos por las razones del contrario, que todo esto entonces y ahora es soñar despierto, sino porque de haber procedido en 1936 con inteligencia, habilidad y audacia los republicanos o sus adversarios pudieron triunfar aplastantemente en el espacio de pocas horas o de pocos días, haciendo imposible e innecesaria la larga y dolorosa contienda.

Examinada con una perspectiva de cuarenta años, forzoso es confesar que resulta tan torpe e incom-

previsible la táctica utilizada por el movimiento para asaltar el poder como la empleada por el Gobierno para defenderlo. Uno y otro estaban en condiciones de triunfar en sus opuestos cometidos de proceder en forma muy distinta a como lo hicieron. Ambos tuvieron hasta mediados de julio el triunfo en sus manos y ambos lo dejaron escapar. Después de lo sucedido en la semana que media entre los días 18 y 25 el empate producido sólo podía resolverse por medio de la guerra; pero cualquiera de los dos pudo evitarla en esos días inclinando la victoria de su parte. Todo hubiese quedado reducido en ese caso a unas horas o unas jornadas de agitaciones y enfrentamientos; probablemente sangrientos, pero sin que produjeran una centésima parte de los daños y víctimas que había de ocasionar fatalmente una guerra civil.

El Alzamiento pudo triunfar con relativa facilidad de haberse llevado la conspiración con mayor secreto y cautela, comenzando la sublevación cuando menos pudieran esperar sus adversarios. Incluso después de la muerte de Calvo Sotelo y de los anuncios públicos de la inminencia de la rebelión, el Gobierno pudo ser aplastado de producirse el levantamiento en armas al mismo tiempo en todo el territorio nacional. Al escalonarlo en cinco días sucesivos, pasando de Marruecos a Canarias, de Andalucía a Castilla la Vieja, de Baleares a Cataluña y de Asturias a Madrid, los conjurados dieron tiempo sobrado a sus enemigos a concentrar sus fuerzas en determinadas ciudades y regiones en que hubo de fracasar el movimiento.

Por el lado contrario aún fue mayor y más sorprendente la torpeza. Un Estado moderno, por muy minado que esté por sus enemigos encubiertos, dispone siempre de recursos sobrados para, de emplearlos con la necesaria decisión y dureza, triunfar sobre cualquier subversión. Pero quien se encuentra en el poder necesita acción, y no sólo palabras, para defenderlo. Casares en 1936, no supo o no quiso tomar las drásticas medidas que la salud de la República precisaba. Desoyó todos los avisos, no detuvo a los conspiradores antes de que pudieran actuar pese a que sus nombres eran conocidos de sobra. Ni movilizó a las masas obreras que estaban de su parte, ni utilizó los múltiples y poderosos recursos que tenía en sus manos. Permaneció cruzado de brazos en actitud de desdeñosa superioridad primero y de completo anonadamiento después e hizo inevitable la catástrofe.

De este modo, la torpeza y la falta de habilidad táctica y estratégica de los dos bandos—que en nada mengua el heroísmo con que uno y otro se batieron—dio lugar a una guerra que pudo ser fácilmente evitada y cuyas consecuencias hubieron de pagar una mayoría de los españoles vivos en 1936 y muchos de los que nacieron con posterioridad. ■ E. DE G.